

MEMORIAS DE LA ESCUELA DE CAMINOS

ÉPOCA CONTEMPORÁNEA DEL CRONISTA

POR VICENTE MACHIMBARRENA

PROLOGO

Al cesar en la Dirección de la Escuela de Caminos y, como consecuencia, en la de la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, queda mi alma prendida a ellas. No en balde les he consagrado lo mejor de mi existencia.

Fuí Profesor de la Escuela durante veinte años, desde 1904 a 1924, año en que me nombraron Director, cargo honroso en el que cesé en 25 de octubre de 1939. Ningún otro Director, desde la fundación de la Escuela, a principio del siglo pasado, lo ha desempeñado tanto tiempo de un modo continuo, en un período que ha requerido profundas transformaciones en los métodos de enseñanza, exigidas por los avances vertiginosos de la ciencia y de la técnica profesional.

Aunque creo tener bien ganado el descanso, mi temperamento y mis hábitos no lo consienten de un modo radical. Además, mi amor a la Escuela, que forma el espíritu del Cuerpo y mi gratitud a éste, que me hizo un homenaje para mí inolvidable en el Instituto de Ingenieros Civiles, en diciembre de 1935, meses después de haber cumplido mis setenta años, nombrándome miembro honorario de la Asociación, me obligan, mientras Dios me conserve la existencia, a vivir en contacto con mis compañeros, y para esto me propongo seguir colaborando en esta REVISTA, como lo he venido haciendo siempre, y sobre todo desde que en 1923 se encargó la Escuela de Caminos, por iniciativa mía, de darle nueva vida.

En la etapa de la REVISTA que hoy se inicia, después del paréntesis de la guerra, me propongo publicar las Memorias de la Escuela de Caminos, desde el punto en que las dejó mi compañero de promoción Carlos de Orduña, que ejerció el cargo de Profesor-Secretario durante veintitrés años.

Escribe Orduña las Memorias de la Escuela con gran soltura y despreocupación mientras trata de hechos y personas que pasaron a la Historia; pero, al final del penúltimo artículo, anuncia que va a entrar en el relato de acontecimientos en que ha

intervenido y siente el natural temor de no verlo con la debida ecuanimidad. El punto de vista cercano deforma la perspectiva de los sucesos.

A mí no me cabe elegir otro; así, que, o me callo, como hizo Orduña, después de pintar con vivos colores la silueta de D. Pedro Pérez La Sala, Director que conocimos él y yo siendo alumnos y después como Profesores, o entro de lleno en lo contemporáneo, hasta el punto de que gran parte de lo que me propongo escribir será mi propia biografía.

Me hago cargo de la dificultad, pero no retrocedo en el empeño. Sé lo ingrato que es hablar de uno mismo: lo fácil que es caer en la falsa modestia o en la vanidad pueril con mengua de la verdad. Para evitarlo, elevaré cuanto pueda mi espíritu y espero tener así aliento para llegar hasta el día en que escriba mi último artículo. ¿Qué fecha será ésta? La última ceremonia a la que asistí en la Escuela, reuní, en la más espaciosa de sus aulas, a los Ingenieros que celebraban sus bodas de plata con el Cuerpo. Venían acompañados, la mayoría, de sus esposas e hijas. Llenaban la clase unas setenta personas. Pasé lista a mis antiguos discípulos; puse un par de faltas de asistencia. Puestos de pie, nombré a los diez que habían fallecido y todos dijimos ¡Presente!, con más intensidad después de citar a los dos que habían sido asesinados por la horda.

A continuación, dije y escribí en el parte: Objeto de la lección de hoy: "Las ruinas del Alcázar de Toledo", que al día siguiente iban a visitar. Uno de los alumnos me preguntó: ¿Tomamos apuntes?, y contesté: No es necesario. Contra mi costumbre, que ustedes conocen, traigo la lección escrita, porque pienso preguntársela a ustedes. ¿Cuándo? El día de las bodas de oro, lo que es muy fácil, pues yo debí celebrarlas el año pasado si no hubiera sido por la guerra, y ya ven ustedes cómo me encuentro.

Hay, por lo tanto, tela cortada y mucho entusiasmo por la Escuela y la REVISTA, en mi ánimo, para seguir escribiendo.